

Luisa Valenzuela: Violencia en la trama y el discurso

Aline Pettersson

Mucho se ha dicho, y yo estoy de acuerdo, que el proceso de la escritura se cumple tanto en el acto mismo de la creación de ésta, cuanto en el otro acto creativo: el de la lectura. El lenguaje, signo distintivo del ser humano, nos habita, se funde y confunde en nosotros. Lo sensorial, en nuestro interior, se reviste de la palabra, aunque, obvio es, no acaba por ser abarcado. Siempre permanece lo no dicho, aquello para lo que se carece de esas palabras que lo sujeten y después lo comuniquen.

Es en esta perenne batalla donde el escritor se debate, acaso vencido siempre. Mucho debe dormir en el tintero, quedar en

espera de otro tiempo, porque tal vez, en el momento de la escritura no se encontró el vehículo adecuado que le permitiera decir y decirse cabalmente, y aquí es donde el silencio cobra importancia, importancia fundamental. Un buen texto, en mi opinión, debe ser ponderado entre esos dos fuegos.

Se dice que el lenguaje es algo vivo que se modifica al paso del tiempo. La literatura, también, más allá de las modas, es producto de su circunstancia temporal, espacial. Pese a que hoy en día haya muestras de buena factura del simple hecho de narrar, la carga que la época impone hace que no sea fácil construir algo relevante sólo con la destreza narrativa. La exploración en los vericuetos del inconsciente, la importancia

que se le ha dado al lenguaje, más allá de las palabras, que finalmente son el único elemento que lo constituye, impulsa la mirada y la pluma del escritor en otras direcciones.

En Luisa Valenzuela hay una preocupación por el lenguaje, y por sobre éste, por el discurso. Por esos decires que se alojan en nosotros o que nosotros empleamos para alojarlos o violentarlos en los demás. Acaso el acto de dominio primero se instala en el discurso junto, antes, después de la violencia física que acaba por doblegar al cuerpo. Existen otros decires reiterados con frecuencia sobre la obligación del escritor para comprometerse políticamente en su obra. Asunto que no será resuelto nunca, puesto que tantas veces la tesis ahoga a la literatura. A menudo se trata de dos vertientes bien diferenciadas en las acciones de quien escribe, cuando el escritor pretende altos niveles de calidad literaria. Pero hay excepciones, y pienso que *Cola de lagartija* se instala aquí entre la búsqueda formal y la política.

Nuestro país se vio enriquecido con ese "río de sangre" que brotó del Hemisferio Sur y que vino a instalarse entre nosotros, ya no en la sangre, sino en el cauce de la reflexión y la esperanza y, por supuesto, en la lucha para volver a la patria y transformarla. El libro fue gestado aquí en nuestro país, desde seguramente ese cúmulo de sentimientos encontrados, a los que se le puede agregar el deseo de subvertir las estructuras por medio de aquello que nos confiere la categoría humana: el lenguaje, que le da cuerpo a nuestro cuerpo.

Qué difícil ceñir *Cola de lagartija* a ciertos puntos de vista, ciertas obsesiones, porque *Cola de lagartija* pretende muchas



Aline Pettersson

Aline Pettersson. Escritora y poeta. Algunos de sus libros: *Punto de partida*, *Los colores ocultos* y *Querida familia*.

cosas, es ambicioso en el mejor sentido de la palabra. No puede desarticular preocupaciones escriturales de preocupaciones políticas, de la presencia del cuerpo cargado de humores. Y desde ahí, desde la transgresión del discurso, desde el YO del escritor, desde el lenguaje del cuerpo se instala.

El libro va creando una densa textura que ofrece el registro de varias voces, pero también, varias densidades en esas mismas voces. Hay un claro referente a un estado de esquizofrenia que abre el prisma del discurso. Y que, dentro de su horror, permite niveles por los que se asoman tanto la escritora como quien la lee. La esquizofrenia aquí tiene visos realistas así como metafóricos. Es la desarticulación de un decir que aterradoramente, va creando su propia lógica, en la que la realidad más inmediata se trastorna, donde la violencia se adueña del orden de las palabras y, desde luego, del orden de la vida de un país.

Luisa Valenzuela ha tomado ciertos asuntos que atañen en una primera instancia a su patria, Argentina, los ha transformado de tal forma, que trascienden ese primer referente anecdótico para ser ilustración universal de la infamia, de sus excesos, no sólo en el orden de la crueldad, sino de la locura. Porque finalmente pareciera haber una locura colectiva que permite aquello que, a primera vista, resulta tan incomprensible.

Cola de lagartija es una historia de construcciones y destrucciones continuas, en el nivel de la historia y de la escritura, en el nivel mismo del cuerpo. Todo se transforma o tal vez se pretende transformar a través de diversas visiones, de espejos valleinclaneanos. El Brujo construye y desconstruye. Es la fuerza enloquecida del poder que al exterior erige pirámides, santuarios, que reinventa al cuerpo a partir de sus excesos, donde se pretende subvertir las funciones de género por medio del barro, del que todos procedemos. Pero después está la estructura de sus palabras con las que él/ella se explica y justifica. El personaje devendrá su propia mujer e hijo. El discurso y las ambiciones se vuelven delirantes. En ese nivel todo puede ser posible para el individuo y para los otros. Ya no hay freno para las palabras ni para el silencio. Uno, el que engendra el terror, otro, el que lo sufre.

Pero Luisa Valenzuela añade otro elemento, que también puede verse en espejo. El Brujo escribe, pero Luisa Valenzuela también lo hace. Y así como el brujo es el centro de su propia escritura, Valenzuela se convierte en personaje. Su historia y la historia de las persecuciones infames de esa época tienen lugar en el libro, no al margen, sino integradas como otra forma del discurso. Dice Valenzuela: "Me muevo, sigo escribiendo con desilusión creciente y también con cierto asco. Asco conmigo, por farsante, por creer que la literatura va a salvarnos, por dudar que la literatura va a salvarnos; todas estas contradicciones. Un vómito."

La violencia impera en el libro en el nivel de la historia y en la manera de abordarla. No pretendo decir que Luisa Valenzuela incurra en temas intocados. Es de nuevo privativo de las circunstancias concretas que se viven. Pero en este caso, está manejado de manera pertinente. Más que pertinente, sumamente eficaz. Aquí es donde entra el lector que no puede abstenerse de reescribir el texto, porque está colocado, por obra y gracia de la escritora, en un sitio que lo compromete. Y esto, en el sentido más amplio de la palabra.

Más arriba mencioné características esperpénticas de Valle Inclán que colocan los problemas de ciertas regiones (¿acaso todas?) del mundo en un prisma que parece deformante, pero que tal vez, tristemente, no lo sea. Valenzuela es heredera de esta tradición que ella renueva, la renueva por su capacidad en la escritura, pero la renueva, asimismo, porque los peligros han aumentado, porque ciertas fuerzas oscuras, ciertas circunstancias, invitan a la metáfora de los Esteros, "una zona a la vez transparente y fétida, un lugar que parece ser un paraíso cristalino y es un pantano..." y que permite ilustrar el mundo en que vivimos. Δ

Cola de lagartija, Textos de Difusión Cultural UNAM, Serie Rayuela Internacional, 1992.

OTRAS OBRAS

Hay que sonreír; Los heréticos; El gato eficaz; Aquí pasan cosas raras; Como en la guerra; Libro que no muerde; Cambio de Armas; Donde viven las águilas. Realidad nacional desde la cama; Novela negra con argentinos.

